

ciones de nuestro capitalismo y el imperialismo colonial británico.

De un modo u otro, nos armamos, —al compás marcado por las Grandes Empresas. De un modo u otro, tendremos que luchar contra el fascismo alemán y el japonés, porque es una amenaza a nuestros mercados, a nuestro sistema de democracia capitalista y a la América latina, y porque es de temer que dicho fascismo irá ganando cada día más amigos entre nosotros, ya que nada tiene tanto éxito como el éxito mismo, sobre todo cuando se comprende que ese éxito es una resultante lógica, aunque fanática, de nuestros propios valores vigentes. Por otra parte, es seguro que la propaganda del éxito conquistaría a millones de nuestros jóvenes de ambos sexos, entrenados a seguir los atajos fáciles al confort y el bienestar, educados por la escuela y la vida a no pensar ni sentir profundamente, cuyas intuiciones y sensibilidad han permanecido en barbecho, y que han acabado por perder la disciplina vital, el sentido del sacrificio y del destino, que es lo único capaz de dar una significación orgánica a nuestra herencia de libertad.

Si se trata de una guerra, o simplemente de un rearme en grande escala que pueda servir como punto de regateo "pacífico" con la Europa fascista (el sueño de los Republicanos), es indudable que estaremos ya en plena regimentación. El colectivismo es inevitable en una economía maquinística. Sólo el principio activo de la libertad humana puede modular el colectivismo. Con este principio, el colectivismo se convierte en socialismo: una comunidad orgánica integral de *personas*. Todas las doctrinas socialistas desde hace cien años han fracasado, por implicar una teoría del hombre que excluye la libertad, un racionalismo empírico que se empeña en ignorar las fuentes de la libertad humana. Esta ha sido la "contribución" de nuestros líderes intelectuales y obreristas; y ello explica el oportunismo del Laborismo británico, la cobardía de la Social Democracia, la psicología troglodítica de los comunistas; y las oscilaciones inevitables de izquierda a derecha de tantos jefes laboristas. Como ninguno de los grupos poderosos del obrerismo americano, la cultura americana, la política americana, la religión americana, tienen un sentido convincente (a pesar de las rimbombantes frases heredadas) de lo que significa la libertad humana, la primera cosa que podemos dar por sentada, sin temor a engañarnos, es que *nuestro colectivismo derivará también hacia la regimentación*. Llevada a cabo por las grandes empresas y la burocracia, el obrerismo se acomodará a él, por la sencilla razón de que vive con arreglo a las mismas normas.

La segunda cosa segura es que: mientras el acoso de las "quintas columnas" se prosigue placentera y salvajemente, nuestra verda-

En *San Juan de Puerto Rico* consigue Ud. la suscripción a este semanario con:

A. VICENTE & Co.

P. O. Box 241

En *Caracas*, la consigue con:

Doña CELIA DE MADURO

Apartado 481.

SI usted necesita un libro que no tengamos se lo pediremos inmediatamente. Estamos en conexión directa con los mejores distribuidores y editoriales del mundo.



SAN JOSE

COSTA RICA

dera quinta columna medrará a expensas del temor con que emponzoña al público. Los hombres de negocios de los Estados Unidos, hoy sólidamente agrupados detrás de Mr. Wilkie, saben desde hace años que la fase final del capitalismo podría significar una cierta forma de fascismo. Desde luego, no están conformes con los modelos de Hitler, ni con sus ideas extravagantes sobre los "banqueros internacionales judíos". Incluso podrían decidirse a luchar contra él, como hicieron hace ya algunos años los conservadores ingleses más inteligentes, como Churchill. Pero todos los hombres de negocios importantes, hoy día, tienen que ser forzosamente reaccionarios, y, como tales, amigos, o simplemente rivales, de los hombres que sostienen a Hitler.

Las grandes empresas son la quinta columna de los Estados Unidos, porque saben que una cierta forma de fascismo es lo mejor que acomodaría el colectivismo a sus fines particulares. Y las pequeñas empresas vendrían a la zaga de las grandes, primero, porque adoran el éxito y a los grandes hombres de negocios; y, segundo, porque odian a los trabajadores. En cuanto a las fuerzas indolentes y corrompidas del obrerismo americano, seguramente acabarían cediendo, pues nuestras doctrinas huera de reforma social no han bastado a fortificarlo con esos fervores vivos por los que el hombre sacrifica voluntariamente su vida. De ahí que aún podamos dar por sentada otra cosa (a menos, claro está, que la Europa fascista haga explosión en breve, antes de haber podido organizarse), a saber: la infiltración pertinaz de las esencias fascistas en todas las clases económicas, en todos los estratos de nuestras instituciones, *ya en actitud defensiva*.

Otra tercera certidumbre: no renunciaremos sin lucha a la América española; y las repúblicas meridionales, sin desarrollar aún económica ni políticamente, no serán capaces de confederarse entre sí a tiempo de unírseles en esta crisis, constituyendo esa unidad fuerte e integral que es la única que puede hacer una realidad de Pan-América: el sueño de Bolívar. Bajo la forma racionalizada de la "defensa del Hemisferio Occidental", la diplomacia del dólar volvería a levantar su cabeza repugnante. Una Europa fascista produciendo mercancías baratas con una mano de obra esclavizada amenazaría todas nuestras relaciones comerciales con el sur del continente. Mientras nos veríamos forzosamente obligados a bajar el nivel de producción y de vida de nuestra clase trabajadora, a fin de poder competir con Europa, tendríamos también forzosamente que imponer nuestros empréstitos —incluso con la flota, si no había otro remedio— a las repúblicas recalcitrantes. En cuanto a la actitud de éstas, recordemos que ni siquiera en la Amé-

rica española son muchos los dotados de imaginación profética. La amenaza de los Estados Unidos es una realidad positiva para los mejicanos, cubanos, colombianos, e, indirectamente, para los brasileños y peruanos, puesto que el daño que les hemos inferido es perfectamente positivo, mientras que, en cambio, la amenaza del fascismo alemán no es aún una realidad para ellos, porque aún no lo han sentido en sus propias carnes, e incluso les puede parecer una protección contra aquello que le hizo daño.

Otra cosa igualmente segura: habrá penuria y merma de todas nuestras frágiles minorías de acción espiritual. Las tendencias culturales dominantes de estos últimos tiempos, corrompidas por el pragmatismo exangüe del Profesor Dewey y por el racionalismo empírico de todas nuestras escuelas liberales, han militado contra el espíritu creador norteamericano. Basta pasar revista a los escritores más sobresalientes de 1920 a la fecha, desde Cabell, Lewis, Mencken, hasta Hemingway, Wolfe y Hicks, espíritus adolescentes, sin valores maduros ni disciplina intelectual, para comprender la confusión y desconcierto de nuestra vida cultural; a pesar de la cual hemos producido poetas y artistas. Este desconcierto puede convertirse ahora en una verdadera rotta campal. Los autores de libros que rebasen el patrón de mediocridad insustancial, único visible a nuestros revisteros, encontrarían menos facilidades para la publicación de sus manuscritos; los compositores, pintores e investigadores científicos aprenderían que el Dinero un patrón olvidadizo. Las escuelas creadoras descubrirían que la educación (como cosa muy distinta de la "instrucción útil") es un verdadero lujo en un país donde los acorazados de cien millones de dólares son un artículo de primera necesidad. Las iglesias que albergan a Jesucristo lucharán menos fervorosamente con sus cepillos petitorios vacíos. En mil lugares, en cien formas distintas, las fuerzas estéticas, educacionales, científicas, religiosas, de nuestra vida han sobrevivido sin subvenciones ni propaganda; incluso se han multiplicado febrilmente en los intersticios holgados de un sistema capitalista acomodaticio. Ahora, al contraerse y convulsionarse este sistema, su tendencia general será *hacia las catacumbas*.

Allí, por fin, podrán encontrarse —el artista, el poeta, el pensador social y religioso— y conocerse y sostenerse mutuamente. En esta amenaza puede, pues, hallarse el indicio de una esperanza. Al morir ese mundo en sufrimientos o en letargo, quizá nuestra vida cultural encontrará en su nueva prueba una nueva pasión y profundidad, y ese sentimiento trágico del destino humano que es el fuego indispensable de la creación.